

Una tendencia al alza

RICARDO RODRÍGUEZ

Un fantasma recorre la comarca: es el fantasma de la gentrificación. ¿De la qué? De la gentrificación, una expresión inglesa que no ha logrado aún una traducción adecuada en español, que se refiere a la tendencia observable en algunos núcleos urbanos en donde sectores de la población con mayores ingresos económicos desplazan a otros de menores recursos, avalados básicamente por la renta del suelo, es decir por el precio de los inmuebles, los terrenos, los arriendos y los servicios públicos, además de los impuestos.



Tomada de La Voz de Cadiz

Todo esto se confabula para incrementar el costo de vida al punto de que los sectores menos favorecidos deben ceder el terreno a los que sí lo pueden costear. Y si a esto le sumamos la afluencia del turismo, un fenómeno que estimula la movilización masiva de personas en busca de esparcimiento y bienestar, la ecuación está completa para esbozar lo que está ocurriendo de un tiempo para acá en la región de Villa de Leyva, como polo de atracción, y sus poblaciones aledañas, que se han convertido en satélites de este mismo proceso. Esto está sucediendo en Barichara, Anapoima, Mesa de Yeguas, Santafé de Antioquia, la zona cafetera, Santa Marta y Cartagena, de tiempo atrás, y en algunos otros lugares del territorio colombiano. Fenómeno igualmente observable en las grandes capitales de Occidente, donde quienes quieren habitar en los lugares céntricos y más recursivos deben desembolsar ingentes cantidades de dinero o endeudarse con las entidades crediticias para poder disfrutar de las mieles de la vida. Así, Nueva York, Londres, París, Madrid y otras tantas concentran los grandes capitales individuales y corporativos que buscan incrementar aún más sus ganancias en una espiral de nunca acabar.



Tomada del documental *Compramos tu barrio*, dirigido por la colombiana Paola Rey, sobre la problemática de Lavapiés, localidad madrileña

Desde los años cincuenta del siglo pasado, cuando el general Rojas Pinilla ponderaba las virtudes conventuales de esta comarca, con sus lugares de retiro propicios para la meditación y el recogimiento, en medio de un paisaje bucólico, las élites económicas fueron tomando posesión de unas tierras que, pasado el tiempo, se han valorizado de manera exponencial, seguidas de una oleada de artesanos, hippies, artistas, músicos, teatreros e intelectuales que navegaban en la cresta de la Nueva Era, y que encontraron en el otrora territorio muisca el suelo propicio para desarrollar modos alternativos de vida; hasta el presente, cuando la pandemia del Covid-19 expulsó a la población con mejores ingresos de los grandes centros urbanos para vivir en las márgenes y que, a la postre, descubrieron que aquí se podía vivir sabroso, mientras que en Bogotá, para el caso, la vida se está poniendo cada vez más difícil. De esta forma las cosas se complicaron para muchas personas que habitaban en el territorio. El costo de vida ha crecido de manera alarmante, tanto que las personas que buscan un lugar bajo este cielo no lo encuentran sino a cambio de gruesas sumas de dinero y cuando no pueden costearlo tienen que buscar en otras localidades, sin que esa sea una decisión libre y voluntaria. Y todo esto es obra de la gentrificación, cuando la codicia de los poderosos echa mano de lo que los pioneros lograron con su trabajo y tesón, pero que no aguantaron el empuje del mercado que impone sus leyes de oro y plata, ya que el mercado es el que dicta las leyes y don dinero es el rey.

Ahora, esto no es algo nuevo y es algo que sucede a nivel global, el problema es que sacrifica a la clase media que es la que hace posible la democracia y nos devuelve al mundo colonial, con unas élites económicas y políticas arriba, en el poder, y una base popular que sirve a la primera, sin el amortiguador que constituye la clase media deliberante, crítica y creativa. De manera que se afianza la desigualdad y se aseguran los privilegios que hacen difícil la movilidad social. Pero se olvida que existen los medios de burlar estos enclaves cerrados y ahí está la narcocultura que se abre paso con el recurso de la fuerza apoyada por la miseria creciente que surte de manos a los ejércitos privados que no ven otra alternativa para disfrutar de los bienes terrenales del hombre. De esta forma la otra ecuación, la de la guerra, está completa de esta tortuosa manera y es la respuesta violenta a la violencia soterrada que implica la gentrificación.



El fenómeno es mundial. Este graffiti está en el centro histórico de la tradicional Oaxaca, en México. Tomada de www.educaoaxaca.org

Desde luego que la acción del Estado podría hacerse sentir para que el choque social fuera menos dramático, pero la triste realidad nacional son unas autoridades locales débiles que no están preparadas para enfrentar estos desafíos, cuando no es que están cooptadas por el sistema pernicioso de la politiquería y la corrupción. Si existiera la justicia redistributiva, podría haber mayores impuestos a la propiedad territorial para compensar con programas sociales el impacto que los costos ascendentes de los bienes y servicios ejercen sobre la clase media y los sectores populares, en beneficio de las clases rentistas que acumulan capital. Con el agravante de que este capital es meramente especulativo, dejándole a la minoría emprendedora la creación de riqueza para cobrar entonces su parte de plusvalía en la forma de renta del suelo. Y esto le resta dinamismo a la sociedad como un todo, es decir que fomenta no solo el subdesarrollo económico, político y social sino el subdesarrollo humano al desperdiciar el potencial de la población que es la verdadera riqueza de una sociedad antes que sus recursos naturales y su desarrollo tecnológico. Y todo esto es lo que acarea una decadencia que se expresa en todos los órdenes y muy especialmente en el ámbito moral, que es el que estimula la acción, el cambio y la creatividad.

Frente a este panorama desolador la salida no es la revolución social, desde luego, como quieren los extremistas, a la vista de los fracasos que se acumulan en los tiempos recientes, mientras que las reformas necesarias enfrentan la inercia de los tiempos y nada que despegan. El desafío es enorme y no hay energía para enfrentarlo. Tal es el clima de malestar que nos rodea y tal el horizonte que nos espera. Pero no hay por qué ser pesimistas ya que esto todavía puede empeorar. ¡Qué duda cabe!



Históricos

Descargar >

Quiénes somos

Cartas de los lectores

Suscríbete